

Comentario

Armas, gérmenes y propaganda La dialéctica de estados en tiempos del coronavirus

Iker Izquierdo Fernández
Traductor y periodista

La pandemia del nuevo coronavirus SARS-CoV-2 se está llevando por delante vidas humanas, sistemas de salud, pequeñas empresas, y queda por ver si arrastra consigo también los detritus de las ideologías de nuestro tiempo, incubadas en los cultivos del imperio de los Estados Unidos.

Durante los primeros meses de este año 2020 hemos asistido como alucinados (por lo menos los ciudadanos del primer mundo, los del tercero están bastante acostumbrados a pasarlo mal) a una situación anómala: millones y millones de seres humanos confinados en sus casas ante el temor a ser contagiados de SARS-CoV-2, hospitales y clínicas desbordados, personal sanitario tomando decisiones bioéticas psicológicamente durísimas ante la imposibilidad de atender todos los casos, hornos crematorios que no dan abasto para incinerar los cadáveres de los muertos que va dejando la epidemia, policías y soldados patrullando las calles y vigilando que nadie se salte la cuarentena masiva, y tantas escenas terribles que nos habíamos acostumbrado a ver a través de nuestro clarividente televisor, ya fuera por televisión formal (guerras o epidemias en algún país del tercer mundo), o por televisión material (películas, series y documentales de corte postapocalíptico).

En la era de los medios de comunicación de masas ligada a las tecnologías de la radio, la televisión e Internet, no solo nos asaltan las imágenes previamente mencionadas, sino también las explicaciones,

teorías, culpas, absoluciones y plegarias apotropaicas sobre la pandemia. Todo el mundo quiere saber cuál fue el origen del virus, si fue China, si fue EE. UU., si fue Rusia o si fue Italia. Si fue de origen animal o fabricado en un laboratorio del que se escapó o fue dejado escapar. Todo el mundo quiere saber si algún estado (China en particular) ocultó la seriedad de la epidemia, si EE. UU. oculta su origen o si los gobiernos europeos podrían haberse anticipado y no lo han hecho por su incapacidad o por su peligroso cálculo económico e ideológico.

Preguntas, todas estas, ya imposibles de responder, pues la información y la desinformación es de tal magnitud, que las respuestas “verdaderas” quedan sepultadas por la miríada de opiniones, informaciones y datos que todo el mundo arroja al cajón de sastre de la Red de Redes.

Por lo menos desde la invención y difusión de la imprenta en la Europa de los siglos xv y xvi, la propaganda ha sido un arma tan eficaz como los cañones, los fusiles o los cazabombarderos. Los países que a lo largo de la historia no han prestado atención suficiente a esta realidad, lo pagaron caro, y algunos como España lo siguen pagando caro (Leyenda Negra antiespañola). Los angloamericanos han sido sin duda los verdaderos maestros en el arte de la propaganda mucho antes que los nazis o los bolcheviques, y lo siguen siendo en este siglo xxi, aunque cada vez con más competidores (Rusia).

La situación creada por la pandemia de SARS-CoV-2 no iba a ser una excepción, por el contrario: es el caldo de cultivo perfecto; toda vez que se inserta en un contexto político de competencia descarnada entre el imperio estadounidense, que se pretende universal, y los límites ontológicamente necesarios de ese imperio: Rusia y China.

Antes de la aparición de la epidemia, estos tres bloques ya estaban en franca competencia. EE. UU. intentó primero desequilibrar a Rusia con un golpe de estado en Ucrania y una gran campaña antirrusa en Europa Oriental y Occidental, y posteriormente lo ha intentado con

China mediante la guerra comercial, las protestas de Hong Kong, y la propaganda antichina en Taiwán.

Mientras Rusia ha optado por crear su propio medio de comunicación propagandístico a nivel mundial (Russia Today) para jugar a la contrapropaganda contra EE. UU. y sus satélites; China no había jugado tan claramente esta carta. Sus medios de comunicación estatales en idiomas extranjeros tienen una circulación muy modesta comparada con la de Russia Today, y no digamos con la CNN o la BBC.

Una vez que la campaña antichina a propósito de las protestas de Hong Kong iba perdiendo fuerza, la ocasión creada por la epidemia de coronavirus y las cuarentenas masivas no ha hecho sino revitalizar dicha campaña. Famoso es ya el tratamiento que el “prestigioso” diario The New York Times daba a las cuarentenas masivas de China y de Italia el mismo día y con apenas 20 minutos de intervalo en la publicación. En España podemos entrar en el diario Libertad Digital para encontrar artículos de una virulencia que recuerdan a las caricaturas de los diarios occidentales de finales del siglo XIX para caracterizar a la moribunda dinastía Qing. Y si el lector sabe chino, que se de un paseo por lo más granado de la prensa taiwanesa.

China, una vez controlada la epidemia, y cuando esta arreciaba en Europa y EE. UU., lanzó su propio contraataque propagandístico, ayudando a los países europeos con ayuda técnica y material médico (y veremos sin con un Plan Marshall “con características chinas”), y acusando a EE. UU. de ser el verdadero origen del nuevo coronavirus SARS-CoV-2, poco después de que el Departamento de Estado diese orden de acelerar la expansión del “relato” antichino de la epidemia: la nula transparencia del régimen chino ha provocado la pandemia mundial; o términos castizos hispánicos: “¡China es culpable!”.

Como decía al principio, nos es imposible dar respuesta a la pregunta por el origen de la epidemia, y si se podría haber evitado antes. La propaganda, la desinformación y el “ruido” de Internet y los medios de comunicación lo impiden. No nos queda más remedio, desde un punto de vista materialista (que es el que aquí se asume), que partir en medio de los problemas (*in medias res*); es decir, acudiendo a los términos básicos de la realidad en la que se inserta esta crisis *en marcha*.

El SARS-CoV-2 es un virus, es decir, un término y referente fisicalista de la ciencia biológica y epidemiológica; y que, por tanto, ataca a las personas en cuanto seres humanos recortados en el campo, precisamente, de la biología. En este campo, no existen las fronteras: al virus le es indiferente que un humano sea español, chino, gringo o malayo-polinesio; demócrata o aristócrata; empresario, asalariado o mediopensionista. Desde el punto de vista del virus, desde el punto de vista de la biología o zoología, los seres humanos son partes distributivas de un todo atributivo que es la especie humana; y por ello no conoce, en principio, “fronteras”.

Esta realidad biológica es la que sirve de base (o puede servir de base) para todas aquellas teorías políticas, históricas y antropológicas que toman como término básico de estas mismas disciplinas a la Humanidad, al Género Humano. Ya que el virus no entiende de fronteras histórico-políticas, debemos actuar todos juntos como humanos que somos: el sujeto agente es por tanto la Humanidad.

Sin embargo, estamos viendo que las respuestas a la contención de la epidemia no están viniendo por parte de ese supuesto Género Humano, que solo existe en la perspectiva biológica (y en la teológico-agustiniana, pues todos somos hijos de Adán y Eva), sino que están viniendo por parte de los estados: cierres de fronteras, eliminación de aranceles a la importación de material sanitario o prohibición de su exportación, decretos de cuarentenas bajo amenaza de multas y san-

ciones, movilización masiva de personal y material sanitario, rebajas o condonaciones temporales de impuestos a empresas afectadas, inyecciones masivas de dinero en las economías nacionales para evitar su desplome, despliegue de efectivos de la policía y el ejército, apoyo a laboratorios propios para investigar un antiviral o una vacuna que acabe con el virus y pueda venderse a terceros con jugosos beneficios económicos y propagandísticos, etc. Tareas todas llevadas a cabo en el marco del estado.

Es decir, no actuamos como Humanidad porque desde la perspectiva biológica no se pueden poner en marcha este tipo de medidas; es más, en la perspectiva biológica o zoológica *no existen* estas medidas. Tenemos que desplazarnos necesariamente a un marco político en el que esa Humanidad aparece distribuida en estados o sociedades políticas que acogen en su seno, y entre ellas mismas, diferencias distributivas de etnias, idiomas y otras instituciones antropológico-políticas. Las relaciones que se producen entre estas partes desde la perspectiva distributiva tienden a ser isológicas, es decir, por simetría, semejanza o reflexividad; las partes de una totalidad distributiva son independientes las unas de las otras en el momento de su participación en el todo, reproducen en sí mismas el todo. En nuestro caso, esta sería la perspectiva del derecho internacional o de la teoría política de los estados soberanos que no se inmiscuyen los unos en los asuntos de los otros.

Pero cuando entramos en la perspectiva atributiva, las partes tienen relaciones sinalógicas (por contigüidad, continuidad o atracción), es decir, que se tienen en cuenta las unas a las otras en el momento de participación en el todo. Ahora bien, este todo, en el caso de los estados en conexión sinalógica, no es tal, o es un todo muy particular, pues aparece quebrado en partes que no tienen por qué coincidir con los estados en su perspectiva distributiva o del derecho internacional (los estados de la ONU) sino más bien con estados capaces de movilizar a

otros estados contra el estado rival: típicamente los imperios. En esta perspectiva atributiva, muchos estados distributivamente percibidos, ni siquiera serían estados.

La competencia entre los estados, como unidades sinalógicas, no vendrá tanto de la desconfianza entre ellos (tal es la tesis tradicional y psicologista de la escuela realista de las relaciones internacionales, distributiva al fin y al cabo), sino de las incomensurabilidades objetivas entre los propios estados que compiten por el acceso privilegiado a recursos finitos, y cuyas interacciones no pueden ser nunca armónicas, como pretende la ideología del globalismo y del orden mundial (de la ONU), sino polémicas, por el desajuste que se produce entre los distintos ritmos de desarrollo de las sociedades políticas.

La competencia entre los estados, lejos de haber sido desbaratada por la pandemia del coronavirus, ha exacerbado la competencia por el acceso a material sanitario, por la creación de una vacuna, por la protección de las empresas patrias, y por la recuperación económica que permita adquirir ventajas de cara al mundo posterior a dicha pandemia. En esta competencia, el arma de la propaganda es de tanta importancia como la del resto de poderes del estado. Generar desconfianza en los Estados Unidos o en China es vital para estos países, en cuanto sus conexiones sinalógicas con el resto de estados se pueden beneficiar o verse perjudicadas en el mundo pospandemia.

Ante esta realidad, la de la competencia feroz entre los estados y la propaganda que nos invade, no cabe ser optimista o pesimista, no cabe rasgarse las vestiduras; o como diría el maestro Benito Espinosa: no cabe reír ni lamentar ni execrar las acciones humanas, sino solo comprenderlas. Sin miedo, y también, sin esperanza. *Nec metu nec spe.*

Lecturas recomendadas:

- BAÑOS, P., *Así se domina el mundo*, Ariel, Barcelona, 2017
- BUENO, G., *La vuelta a la Caverna. Terrorismo, guerra y Globalización*, Ediciones B, Barcelona, 2005.
- , *España frente a Europa*, Alba Editorial, Barcelona, 1999.
- CAMPRUBÍ, L; ROQUÉ, X; SÁEZ DE ADANA, F. (eds.), *De la Guerra Fría al calentamiento global. Estados Unidos, España y el nuevo orden científico global*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2018.
- GARCÍA SIERRA, P., *Diccionario filosófico. Manual de materialismo filosófico*, Fundación Gustavo Bueno, Oviedo, 2000.
- IZQUIERDO FERNÁNDEZ, I., “Prolegómenos para un análisis de la idea de Orden Mundial”, en *Encuentros en Catay*, No. 32, 2019.
- KISSINGER, H., *Orden Mundial*, Debate, Barcelona, 2016.
- MEARSHEIMER, J.J., *The Tragedy of Great Power Politics*, W.W. Norton & Company, Nueva York, 2014 (edición actualizada).
- LÓPEZ RODRÍGUEZ, D., *La Revolución de Octubre y el mito de la revolución mundial*, Pentalfa, Oviedo, 2019.
- VV. AA., *El Catoblepas*, No. 191, primavera 2020 (Número especial sobre la epidemia del COVID-19).